

La Revista Nueva

Época I

San José, Costa Rica, 1º de octubre de 1896

Núm. 2

LA REVISTA NUEVA

Falta de espacio y la necesidad de publicar antes que otra cosa el proemio en que dábamos cuenta al público de nuestros propósitos, fueron las causas de que no insertáramos en el número anterior de *La Revista Nueva* la nota en que el señor Doctor don Juan J. Ulloa G., Ministro de Fomento, contestó á la solicitud de apoyo del Gobierno para la fundación de este periódico.

Ella no puede ser más satisfactoria, no para nosotros personalmente por las honrosas frases que contiene, pues estamos bien lejos de confiar en nuestras fuerzas, sino porque con toda claridad dice hasta dónde el Gobierno de Costa Rica se empeña por el adelantamiento de las letras patrias.

Hé aquí la nota de que hablamos:

Nº 128

Palacio Nacional

San José, 24 de agosto de 1896

Señores don Alberto Masferrer y

don Ricardo Fernández Guardia

P.

Tengo el gusto de acusar á VV. recibo de atenta comunicación que han dirigido á esta

Secretaría con fecha 10 de los corrientes, por la cual se sirven manifestarme que, con el deseo de contribuir en cuanto les sea posible al buen nombre y adelanto de Costa Rica, han proyectado la fundación de una revista literaria, y que esperan del Gobierno el apoyo necesario para llevar á cabo esa idea.

Me es muy satisfactorio manifestar á VV. que, tanto el señor Presidente de la República como los miembros de su Gabinete, hemos acogido con mucho gusto ese simpático proyecto y apreciamos en lo que vale la fundación de la mencionada revista, la cual, estamos seguros, llenará debidamente el objeto de su creación, toda vez que así lo garantizan la competencia y buen gusto de VV.

El Gobierno acepta en todas sus partes la mencionada idea, y ya se ha dirigido nota en este sentido al señor Director de la Imprenta Nacional.

Me es muy grato suscribirme de VV. muy atento y

seguro servidor,

JUAN J. ULLOA G.



LA ELOCUCIÓN



Sus efectos, sus resultados, su eficacia, la impresión que produce,—acerca de eso no creo que haya disputa; pero acerca de su esencia, del concepto que le corresponde, nada he leído que me parezca satisfactorio. Unos la hacen depender de la retórica, otros de la poesía, otros de la lógica; Cicerón la atribuye en mucha parte á la honradez del orador, y lo más frecuente es que se obtengan sus privilegios envidiables merced á artificios que semejan todo lo que dejamos indicado. Innecesario es recordar, por supuesto, la confusión casi universal entre la elocuencia y la facilidad, rapidez y abundancia del lenguaje, que son facultades de otra naturaleza.

En los libros de los grandes poetas están, á mi ver, los dechados de la elocuencia: en Homero mucho más que en Demóstenes, y en Cicerón mucho menos que en Virgilio; Dante tiene pasajes de una elocuencia soberana; y en cuanto á Shakespeare, es la elocuencia misma: no por eso debe dejar de distinguirse la *elocuencia*, que es la expresión más *intensa*, de la *poesía*, que es la expresión más *bella* de la Naturaleza, y, sobre todo, de la vida.

La lógica, tanto como la poesía, aunque por otro lado, está en la vecindad de la elocuencia, y hasta podría decirse que la elocuencia es una suerte de lógica: sólo que es una lógica inflamada, candente, eléctrica, que hace en un minuto lo que la otra suele realizar en una hora.

Hay personas que hablan maravillosamente, las unas por la elegancia y la celeridad de su discurso, las otras por la lujosa fantasía que los esmalta, quienes por la erudición estúpida con que los enriquecen, quienes por los excelentes raciocinios con que los avaloran, y que no han dicho, sin embargo, una frase elocuente en todo su largo y exquisito trabajo de oradores.—Gambetta, por lo contrario, era elocuente en las fra-

ses más sencillas y en las ocasiones más vulgares.

—Habla una ocasión Emilio Olivier en el seno de la Cámara francesa, después que había dejado los bancos de la Oposición Republicana para ocupar un alto puesto en el Ministerio del Emperador Napoleón Tercero; hablaba contra sus antiguos colegas,—y se atrevió, en uno de los cargos que les dirigía, á usar de la palabra conciencia: “la de usted,—dijo interrumpiéndolo Gambetta,—es tan cambiante, que no puede ser autoridad en la materia”; aplauden entonces hasta el arrebató los republicanos por el flamante ministro traicionados, y al Presidente de la Cámara que los llama al orden tocando la campanilla y diciendo: Calma, señores Diputados,—se dirige entonces el ardiente tribuno: “pero, señor Presidente,” grita, “la indignación excluye la calma.” El magnetismo de ambas frases me parece evidente; recuerdo, no obstante, una figura retórica de Mirabéau que no es inferior en elocuencia: jactábase un necio aristócrata de sus inmensas posesiones y de la importancia que eso daba á su personal criterio: “ha llegado la hora, señor conde,—le contestó el orador insuperable,—ha llegado la hora de que cada hombre valga por lo que tiene dentro de las cuatro paredes del cráneo.”

Trémula, rota en pedazos, se escapa á veces de los labios de los grandes oradores la palabra, como turbio torrente, que no se desliza, sino salta, sobre las duras rocas que le cierran el paso; pero imponente, tempestuosa, irresistible, arranca el escollo y lo sumerge en el caudal de sus aguas, rompiendo sus raíces de granito. Otras en ancho y abundante río, corre con serenidad majestuosa, copiando en el espejo de sus ondas las maravillas del cielo y de la tierra, pero, aun entonces, no sirve, como la Poesía, á la belleza: la belleza le sirve de instrumento; bus-

ca súbditos y no enamorados; cuando ha vencido, poco le importa el troquel en que tomó forma el metal fundido en su discurso y ¡cuántas veces muestra la palabra, en sus grietas y en sus escombros; la grandeza de la idea, que en convulsión tremenda, como para el nacimiento de un dios antiguo, ha pasado por ella! Antigua ó moderna, sajona ó latina, alambicada y

pomposa ó escueta y severa,—la palabra de los grandes oradores está siempre llena de nervios: hace sentir,—he ahí lo que la caracteriza; lo mismo cuando en desiguales rayos la fulminan los labios de Mirabeau, que cuando en amplias y vibrantes ondas luminosas se derrama de la "tribuna de las arenas" que ocupa el ático é inolvidable Marco Tulio. . . .

Maximiliano

DE NEGRO VESTIDA

Al contemplar tu cándida belleza
Mi pobre lira á resonar se atreve;
Ojalá el aire entre sus alas lleve
A tu oído más cantos de ternura,
Tu luz gentil de celestial pureza
Aun más mi pobre corazón conmueve,
Viendo el contraste de tu tez de nieve
Con tu traje de luto y de tristeza,
Pareces de la tarde el primer astro
Que surca el cielo en su fulgente coche,
Y va dejando luminoso rastro
Al rasgar de la niebla el denso broche;
Pareces azucena de alabastro
Envuelta en los crespones de la noche.

DE BLANCO VESTIDA

A la cumbre más árida y agreste
La hermosa primavera da verdura;
Ojalá que tu estética hermosura
A mi cerebro inspiración le preste,
Mujer angelical, visión celeste,
¡Qué bien te va la blanca vestidura!
Si estabas bella con la veste oscura
Estás más bella con la blanca veste,
El níveo traje, de tu esbelto porte
La gentileza y la beldad consuma;
Pareces virgen de febea corte,
Rayo de aurora entre la blanca bruma;
Pareces una sílfide del Norte
U otra Venus brotando de la espuma.

Maximiliano

ESPARTACO

Entre sus manos el osado toma,
alta en los aires, la rebelde enseña,
y cuando el brazo vigoroso empuña
fuertes legiones desbarata y doma.

Fuego divino en su mirar asoma:
ama la libertad, con ella sueña,
y ni en trance de rota le domeña
la pujanza titánica de Roma.

No entre broncos y torpes alaridos,
viendo rodar allí su cuerpo esclavo
en el Circo el tumulto se divierte:

Para triste consuelo de oprimidos,
la dulce libertad encontró al cabo
en los brazos piadosos de la muerte!

Justo A. Gacig

REFLEXIONES

"Las muchedumbres son fatales," dice Maupassant.

Del mundo de cerebros oscuros brota la ola de la vulgaridad, que sube como un monte y lo arrasa todo. No hay elevación de pensamiento sin libertad, y el contacto frecuente, la influencia recibida á cada instante, es cadena irrompible, esclavitud sin rescate.

Abí donde hay excesiva comunión de ideas y de sensaciones, domina, al cabo, lo pequeño, lo vulgar, lo insignificante.

La fuerza propia, la poderosa iniciativa individual, el esfuerzo reconcentrado de uno solo, el caer incesante de la gota de agua en la peña: esto es lo que se necesita para la germinación de las grandes obras.

* * *

El libro de Job, el más grande de cuantos se han escrito, no es fruto, ciertamente, de las academias, ni se inspiró en ningún sistema, ni



Isabel Tinoco

Livia Alvarado

Marta Rawson

Jones del.º
96
Tip. Lit. y Ed. Nacional, S. José C.R.

adquirió su admirable forma con la lima de los retóricos ni de los críticos.

Escenario, el desierto. Actores, un hombre que está solo, enfermo, abandonado, muerto de tristeza. Harto de dolores, con el alma ahogada en la desolación y el cuerpo en la podre, Job se alza, se rebela, llama á cuentas á Dios, y le reprocha su injusticia.—Tú que eres grande, omnipotente, ensañado contra mí, pequeño y débil. Tú, mi creador, trocado en mi verdugo. ¿Creas, pues, al hombre, para devorarlo? ¿Sacias en mí tu ira, en mí, que era luz de los ciegos, báculo del mendigo, remedio del enfermo, abrigo de los desnudos, hogar de los errantes! Entonces ¿qué eres tú? ¿Dónde tu grandeza, dónde tu bondad, dónde tu sabiduría?—Humíllate, le dicen sus amigos, pon de rodillas tu soberbia. Por ventura Dios cometerá iniquidades? Esto no es sino castigo de tus culpas.—No, yo no tengo manchas que lavar, yo estoy limpio. Es la injusticia misteriosa, el monstruo desconocido que me tiene en sus garras.

Jamás se ha escrito nada semejante. ¿Qué es, en resumen, este poema de Job? Es el grito del niño que nace enfermo, de la planta que vive muerta sobre la roca, del pececillo que nace para ser devorado por el tiburón, de la paloma que adivina al milano; Sócrates emponzoñado, Jesús en el Calvario, Juana de Arco en la hoguera, Cervantes en la cárcel; la flor arrancada al nacer, el pájaro cautivo, el negro esclavizado; toda la abrumadora carga injusta que pesa sobre las criaturas, toda la iniquidad de la creación, toda la ceguera traidora del destino.

La queja de Job es el inmenso gemido de la naturaleza agonizante.

* * *

El Job de Grecia es Prometeo. Allá, en la remota época, cuando apenas había códigos literarios, Eschilo crea el drama del hombre en lucha

con los dioses. No hay ateneos, ni pontífices cargados de vanidad ni *artes de hablar en prosa y verso*. Homero, el Olimpo, el Parnaso, los héroes, el cielo azul, las ondas transparentes del Mediterráneo; todo poesía viviente, belleza ingénita. En medio de este concierto admirable, Eschilo halla una nota falsa.—El hombre no puede vivir así, dice. Ni como individuo ni como elemento social puede desarrollarse, si su existencia no se funda sobre el derecho.—¿Dónde encontrar ese fuego sagrado? Júpiter lo tiene; Júpiter el terrible, que estremece el universo al fruncir de sus cejas.

Consumado el rapto sublime, Júpiter encadena al gigante en la cima de una montaña y pone ahí un buitre á que le roa sin tregua el corazón.—El buitre de la duda. Hecha la conquista de la ciencia, la duda se apodera del hombre, y de ahí el malestar continuo, la inquietud perpetua, el desasosiego sin término, la ironía atormentadora de la esfinge que nos sigue por todas partes. Ved, pues, el heroico sacrificio, inútil; sin fruto la hazaña inaudita, vana la abnegación sin límites. Prometeo ¿qué has hecho? Ah! ¿qué vale más? vivir en la tranquilidad de la noche, en la calma de muerte de las tinieblas, ó abrir los ojos á la risueña aurora?

Yo doy como imposible que un hombre, Eschilo mismo, fuera capaz, en nuestros días, de escribir cosa semejante, como no rompiera bruscamente con el convencionalismo opresor, con la malla espesa que forma la vida literaria moderna. Para que tales figuras surjan del pensamiento, para que tales símbolos tomen forma, es preciso recibir la visión directa de las cosas; oír con sus propios oídos las palabras del mar, la oración de la selva, el murmurio del río, las amenazas del volcán, la voz penetrante y honda de todos los seres.

* * *

Estamos en Escandinavia. Tierra fría, nebulosa; á la vista de mares inmensos, de montañas de hielo, de peñascos enormes, de cavernas oscuras y vastas como el Tártaro. Thor, el dios del trueno, Thor el invencible, fué un día, acompañado de Loke y Thialfi, al país de los gigantes. Llegados allí anduvieron vagando por inmensas llanuras, por incultos y desiertos lugares, rompiendo por montes y peñascales. Al caer la noche perciben una casa, y como la puerta, que era todo un lienzo de la misma, estuviese abierta, se metieron dentro. Era una habitación sencilla, un gran salón enteramente vacío. Se quedaron ahí, mas de repente, y en lo más profundo de la noche, vienen á llenarlos de alarma unos ruidos extraños: Thor echó mano á su maza y se plantó en medio de la puerta dispuesto á pelear, mientras sus compañeros, aterrorizados, buscaban un rincón donde guarecerse. Por fin hallaron uno, y en él se refugiaron. Al amanecer descubrieron que los ruidos extraños de la noche no eran más que los ronquidos de un gigante enorme, pero pacífico, que por ahí dormía. Era el gigante Skrymir, y lo que creyeron una casa el guante que se había quitado. La puerta era la muñeca, y el rincón en que se escondieron, el dedo pulgar. Skrymir los llevó todo el día en su equipaje; pero Thor, inquieto y receloso, dispuso acabar con él mientras durmiera. Al llegar la noche, dormido el monstruo, Thor alzó su maza y le descargó un golpe capaz de hender las peñas, pero Skrymir, apenas si despertó y frotándose la mejilla, dijo: ¿cayó alguna hoja? No bien volvió á dormirse, Thor le asestó otro golpe más fuerte que el primero. Skrymir murmuró: ¿fué un grano de arena? El tercer golpe, dado con ambas manos, dejó huellas en el rostro de Skrymir que cesó de roncar, diciendo: sin duda hay gorriones en este árbol ¿qué me habrán echado en la cara?

Por la puerta de Utgard, tan alta que para

verle el techo hay que echar atrás la cabeza, prosiguió Skrymir su camino. Thor y sus compañeros fueron invitados á los juegos que se estaban celebrando. A Thor le presentaron para beber, un cuerno, diciéndole que entre ellos era cosa corriente vaciarlo de un sorbo.—Thor lo acometió tres veces sin causar el menor efecto. Sois un pobre, dijeronle. ¿No podríais alzar ese gato que veis ahí? Apesar de su fuerza sobrenatural, Thor no pudo ni levantarle el espinazo.—Vaya! tú no eres hombre: ahí está una vieja que quiere luchar contigo. Thor, avergonzado, desplegó todas sus fuerzas, pero no logró derribar á la vieja.

Y entonces, al salir de Utgard, el principal de los gigantes, que los acompañaba, le dijo:—Por fin te han vencido; mas no te cause pena, porque todo fué ilusión de los sentidos. El cuerno que probaste á agotar, era el océano, ¿quién podría beber lo insondable? El gato que quisiste alzar, era la Midgar Snake, la gran serpiente del mundo, la cual con la cola en la boca ciñe y conserva la creación entera. La vieja era el tiempo. ¿Quién podrá luchar con el tiempo? ni el hombre ni los dioses; hombres ó dioses, el tiempo es más fuerte que todos. Y por lo que toca á los golpes de tu maza, mira esos tres valles: tus tres martillazos los hicieron.—Thor, le dijo Skrymir, mejor será que no vuelvas á tierra de gigantes."

Estos símbolos colosales: un cuerno en que cabe el océano, una serpiente que ciñe en rosca inmensa el universo, una anciana que es el tiempo, un gigante que es la tierra, un guante que es una caverna, golpes que labran valles profundos: estos símbolos, digo, tienen tal serenidad y tal grandeza, tan extraña hermosura, que apenas puede creerse que hayan sido concepciones de cerebros humanos.

Aquí, dice Carlyle, se observa mejor que en ninguna parte, cómo actúa la revelación dif-

recta de la naturaleza sobre el alma inculta del hombre.

A semejanza de los poemas norsos, hay similitudes así, en la mitología indostánica, en la india, en la pérsica, en todas las biblias primitivas. Pues bien, ¿cómo se formaron los hombres que tales cosas escribieron? ¿qué sistemas literarios, qué escuelas, qué sectas las suyas? ¿qué lecciones de retóricos escucharon? Nada; esos poetas no tuvieron otro maestro que la naturaleza: la contemplación, la meditación, el esfuerzo aislado dieron color y aroma á esas flores gigantescas. También el sufrimiento. Notemos, aunque sea cosa muy repetida, que toda alta poesía nace en un calvario: que el martirio sea personal, que sea la profunda melancolía que trae la contemplación de los enigmas del destino, siempre se encontrará que la pluma de los grandes poetas se ha mojado en sus propias lágrimas, en la sangre de su propio corazón. Job es un solitario, Eschilo no tiene maestros, Mahoma va á que la soledad le dicte sus ardientes versículos, Dante forja su extraño poema inspirado por las amarguras del destierro.

Sí, repitámoslo: Job, Eschilo, Homero, Isaías, Moisés, Mahoma, Jesús, todos estos creadores de la poesía, no tuvieron libros, ni disputaron sobre escuelas, ni sutilizaron sobre géneros, ni criticaron, ni supieron retórica, ni consultaron enciclopedias. La flor, el pájaro, la fiera, el mar, la montaña, el desierto, el páramo, la noche, el astro, el dolor, la risa, la contemplación directa de las cosas, fué su musa; en la soledad sacaron de sí mismos sus grandes obras.

Yendo á épocas más recientes, encontramos el mismo fenómeno. Shakespeare es un observador rústico que sabe todas las cosas, un hombre inculto que conoce todas las tases de los seres y todos los repliegues de las almas. Cervantes vive pobre, vive esclavo, pára en una cárcel. Víctor Hugo mismo, feliz en la apariencia, halla sus mejores obras en el destierro. Allá, sobre la isla so-

litaria, aislado tantos años, pensando en la patria, con la nostalgia honda en el corazón, escribe *Los Miserables*, y el océano, con el monótono clapoteo de sus olas, con su eterna salmodia triste, con sus ciclones, con sus albas risueñas, con sus tormentas, con sus naufragios, le dicta ese libro supremo que se llama *Los Trabajadores del Mar*.

Contemplar, meditar, sufrir: estas son las palabras mágicas, la trinidad prodigiosa que crea las grandes obras.

Que no se tomen nuestras palabras en un sentido riguroso. Leer á los grandes escritores, entrar en comunión con estos enormes corazones, pensar con estas inteligencias excelsas, á nadie perjudica. Pero el camino que nosotros seguimos; nuestro ir y venir sempiterno; nuestra ansia de saberlo todo, de conocerlo todo, no estudiando en la naturaleza sino en los libros, ¿á qué puede conducir, sino á la esterilización absoluta?

Las crónicas, los remitidos, los avisos, las noticias, la novela nueva, el último tomo de versos, la censura de Fulano y la defensa de Perencejo. Los informes, los cuentos, los chascarrillos; los diarios, las revistas, los folletos; estudiar las escuelas, saber de los decadentes, de los parnasianos, de los místicos, de los simbolistas, de los románticos, de los realistas; inclinarse ante los oráculos de los críticos de pacotilla, ir al ateneo, ser socio de ésta y de la otra corporación, saber el relato del último crimen, y las ventajas de la última droga,...

¿Qué cerebro saldrá vivo de semejante barullo? ¿Qué idea firme podrá nacer ni desarrollarse en medio de tanta maleza? ¿Qué obra durable va á concebirse en semejante torbellino?

En esa horrible promiscuidad de ideas se pierde la propia iniciativa; la voluntad no halla camino, contenida por mil vacilaciones; las ideas cambian á cada instante; las convicciones apenas esbozadas, desaparecen; las tendencias se mezclan y se confunden; el gusto no se fija; la

originalidad no brota: la personalidad se disuelve, y se acaba, en fin, por hablar como todos, por pensar como todos, por sentir como todos, por ser nada más que un eco en la confusa gritería.

Sí, la influencia de las muchedumbres es fatal.

La encina requiere mucha savia, tierra honda para sus raíces, ancho espacio para que por todas partes reciba el halago del viento y las caricias encendidas del sol.

La promiscuidad de la yerba, la vida de tribu del musgo, el amor raquíptico de la grama: todo eso es pequenez.

Alberto Masferrer



FLORES DE COSTA RICA



El Doctor Matus nos acompañó á hacer aquella primera visita.

Yo también, nos decía el simpático Ministro, yo también quiero conocer á las costarricenses nacidas en El Salvador y de las que me cuentan tantas cosas agradables.

Es en la bella ciudad de las colinas, en la aristocrática Santa Tecla, en donde han echado raíces nuestros excelentes compatriotas don Leonidas Orozco y su esposa doña Octavia Mora. Josefinos de pura raza. Noble pareja, llena de méritos, que empieza á peinar canas, menos blancas que su pasado de virtudes. Josefinos que á pesar de su cariño por la tierra hospitalaria que los acogió desde hace casi treinta años, guardan vivo en el corazón el recuerdo de la tierra, el calor de las amistades de la juventud, la memoria de los años de la infancia.

Su casa está siempre abierta para el costarricense: en su mesa hay siempre un puesto preparado para el compatriota. Y es de ver la sencillez afectuosa, la simpática acogida, la bondadosa y sincera alegría de aquel respetable ma-

trimonio, cuando en sus oídos resuena el canto especial de nuestro acento (porque nosotros también tenemos cierto dejo que difiere en mucho del nicaragüense ó del guatemalteco). Y el torrente de preguntas por la patria, por los amigos, por todo lo que lejos del campanario que resonó en nuestro bautismo se quiere más, con cariño triste, sale precipitado de los labios de aquellos dos *ticos*, que creen sentir, al charlar de la patria, la brisa suave á cuyo contacto se estremece de placer el jardín de los recuerdos.

Y las hijas... pero antes de hablar de ellas vaya un ligero recuerdo para la bella Santa Tecla.

Amplias son sus calles, elegantes sus casas, pintorescos sus alrededores, poéticas sus colinas, fresca la brisa que amortigua su ardiente sol.

Santa Tecla es algo así como un *faubourg* Saint-Germain de la capital. Unida por líneas férreas que continuamente viajan de y para San Salvador, puede decirse que la distancia que las separa es ilusoria y que la una es un barrio de la otra: pero ¡qué barrio! el de la aristocra-



Don Manuel Maria Peralta

cia, el de la elegancia, el de las bellas mujeres, el de los hombres cultos.

Don Mauricio Duke vive en una casa ducal. Es el palacio de un poderoso en donde se respira el ambiente del lujo y del buen gusto: es la caja de oro en donde brillaron las que fueron reinas de aquel hogar: Sara, María y Elisa Duke. Es hoy la morada del *gentleman* correcto, galante, afectuoso, respetable, y que, además, quiere á Costa Rica.

Y como ese palacio otros muchos. No he de enumerarlos porque sería interminable. Sólo diré que en general llevan el sello de la elegancia y de la holgura.

Sea como paréntesis esta frase para la morada de Rafael Guirola. Rafael es un artista. Su educación correcta, su vestir de dandy inglés, su educación de parisién refinado, su gusto indiscutible han hecho de su hogar un verdadero nido encantado. Desde el hermoso perro que luce su cabeza inteligente á través de la reja de entrada hasta la última moldura de aquella casa, todo es bello, todo es elegante, todo de buen gusto.

Angela es la mayor. Casó y es hoy madre feliz de dos hermosos niños.

Pepita, Toña, Ela y Enriqueta son las figuras salientes del cuadro.—Grupo encantador que ilumina la belleza y que perfuma la virtud sencilla, la virtud buena, la que no es mogigata, la que sonríe con el que goza y llora con el que sufre! Grupo encantador el de esas cuatro chiquillas, que son otros tantos rayos de luz primavera: que tienen la sonrisa en los labios siempre juguetona, la frase dulce, la gracia atrayente y afectuosa.

Pepita parece melancólica. Se diría que está enferma de nostalgia, de nostalgia contagiosa, por lo bellamente triste. Toña es una chispa ardiente, que despide vivo fulgor, que incendia cuanto toca. Es picaresca sin malicia, bur-

lona sin hiel; tiene talento privilegiado para encontrarle á todo su nota cómica; *elle aime à rire*. Si no fuera tan bella le bastaría su talento para hacerla distinguida. Ela tiene mohines deliciosos. Cuando parece enojada toma un aspecto de seriedad que lejos de imponer encanta. La boca de Ela es esencialmente expresiva. La recuerdo envuelta en un lindo chal que lucía los colores del pabellón salvadoreño. Era el emblema vivo de esa tierra noblemente orgullosa y absolutamente bella. Enriqueta—la *bicha*—es una chiquilla que desde la infancia empieza á lanzar curiosas miradas en los campos de la juventud. Es una aurora espléndida.

Mis buenos amigos tenían en su hogar,—porque ya no lo tienen—un grupo delicioso de muchachas siempre sonrientes, siempre afables, siempre bellas.

Hoy el amor dispersó el grupo. Parece como si un cazador poco diestro hubiera tirado sobre una bandada de palomas y éstas, azoradas, hubieran tendido el vuelo á posarse cada cual en árbol diferente. Sólo que aquí el cazador fué certero. Las niñas cayeron al golpe de la flecha y Toña es hoy doña Antonia de Paz, Ela la señora de Párraga y Queta—la *bicha*—doña Enriqueta de Bustamante. En cuatro meses se casaron tres.

La otra, Pepita, mi melancólica amiga, la josefina de Santa Tecla, también me dicen que se casa pronto.

Y he aquí que por obra de esos matrimonios nosotros perdemos definitivamente á los dos buenos ticos. El árbol echa raíces profundas. El Salvador será la patria de los hijos y los nietos. A nosotros no nos quedan sino los padres y el derecho de quererlos á todos.

Leonidas Pacheco

CARLOS GAGINI

Dícese que cuando Sirio se levanta por encima del confuso perfil de la lontananza, sobre el blando estremecimiento de las olas, una columna lechosa bañada en luz, se detiene inmóvil, comunicando al mar con la estrella más hermosa de los cielos. Así es el arte, un puente luminoso tendido entre el ideal lejano y la realidad que nos circunda. El gozo íntimo que su contemplación difunde dentro de nuestra alma se saborea mejor en el apartamiento oyendo el murmullo de vida de la naturaleza. En medio de la muchedumbre de admiradores el artista embota sus facultades porque si hay algo de perjudicial en la lisonja es que resuena largo tiempo en los oídos, y en el entretanto, se halla embargada la inteligencia. Mal contemporáneo que unido á la vanidad ingénita del hombre pervierte muchos claros espíritus, eleva á medianías entre brumas de incienso y engendra obras mezquinas que duran tanto como los colores de rosa de las nubes errantes del atardecer.

Desgraciadas estas tierras centroamericanas donde todos propendemos á imitar lo que en grande acontece en otras naciones. Y sin embargo ¿cuál es en Centro América el poeta que como Petoefi entona patrióticos himnos henchidos de fuego, que conmueven un pueblo y lo levantan vigoroso á arrebatarse de manos de un hombre sin ley la adorada libertad? ¿Quién como Prudhomme desentraña los secretos estados del ánimo con que se preocupa la psicología inglesa contemporánea? ¿Quién como él esboza en un poema el ideal de la justicia? ¿Quién como Chénier trata de abarcar en un poema, *Hermes*, las nobles conquistas del entendimiento del hombre? Nadie. Todo es versos, algunas veces sonoros, que á fuerza de pulimento se quedan transparentes como copas vacías. ¡Y á

eso se le llama arte inmortal! ¡Oh, no! Esa poesía endeble y lloñona morirá, porque las almas pensadoras no se satisfacen con esos simples *suspirillos líricos*. En vano se hablará del *arte por el arte*. Sólo los espíritus superficiales aceptan una fórmula tan falsa como vacía. Cuando no hay ni corazón ni talento que derramar en las estrofas se recurre á los versos decadentes ó parnasianos ó simbólicos, para cuya lectura es menester una especial educación, porque en ellos las palabras conservan tintes extremadamente delicados que resultan de la armoniosa combinación de las vocales: *A, es negro; E, blanco; I, azul; O, rojo; U, amarillo*. Leer una poesía es dar vueltas á un kaleidoscopio.

No es decir que en Centro América no haya talentos poéticos; es que existe un mal que los ciega en flor.

Todos los que conocen la historia de la literatura francesa, inglesa, alemana y aun española, en el presente siglo, sabrán las luchas que han debido sustentar, al hacer su primera aparición, los ingenios que más lustre han dado á su nombre; mejor dicho, que á consecuencia de tantas bregas, en las cuales se acendró su gusto, se templaron sus energías y engendraron obras de mérito, arrebataron la general admiración.

No así en la América, y especialmente en la del Centro, donde sin las luchas, sin las pruebas que purifican, se logran precoces reputaciones que inutilizan los entendimientos para las creaciones verdaderamente meritorias y duraderas. Los elogios á granel jamás fueron estímulo sino relajamiento. Si un joven á los veinte años, cuando aún no ha madurado su inteligencia, se ve colmado de alabanzas; si ya para su gloria nada tiene que hacer; si ya los pocos renglones trazados con su pluma le serán aplaudidos ¿para qué trabajar? Y lo peor es que entonces

principia la labor infecunda de la contemplación del propio *Yo*; entonces es cuando un genio maldéfico escribe, como en la portada de otro *Infierno*, estas palabras: "La puerta está cerrada; la obra está concluída; la pluma está embotada."

Cuenta un discípulo de Pitágoras que habiendo descendido su maestro á los infiernos, encontró allí pendiente de un árbol el alma de Homero y atada la de Hesiodo á una columna por haber calumniado á los dioses contando de ellos proezas inconcebibles por lo inmorales. Merecerían igual pena la mayor parte de los literatos de la América, no por calumniar á los dioses, sino al primer mortal que se presenta con un libro de cuentos ó de versos, llamándole con los más célebres nombres que figuran en las letras europeas.

Pero es esta una tesis que exige un amplio desarrollo y que daré cuando emprenda un estudio sobre la literatura centroamericana actual.

I

Amar es comprender, y comprender es penetrar en lo más hondo, en el alma de la cosa comprendida. El juicio emitido sobre una obra será tanto más justo cuanto más se la ame, cuanto más se hayan sondeado los secretos del espíritu que la anima. Casi no se debiera ser crítico sino de las obras que se aman, puesto que son quizás las únicas en cuyo fondo se ha detenido más largo tiempo la mirada; las únicas tal vez á que hemos prestado algo de nuestra vida, las que habiéndonos hecho sentir más, son un poco de nosotros mismos, nuestros amigos, á los cuales conocemos profundamente y para quienes es nuestro amor y benevolencia. En toda crítica noble y humana debe sentirse la suavidad de la sombra del perdón.

Los objetos de nuestro amor son los más buenos, nuestra admiración no ve en ellos más que un encanto indefinible porque hasta los de-

fectos se funden, se debilitan, se encuentran invadidos por las bellezas, así como los colores muy vivos parecen invadir y absorber los contornos oscuros que los limitan.

Sólo de esa manera se logrará despertar en los demás el conjunto de impresiones que se desprenden de los bordes de nuestra alma, y el objeto de la crítica es enseñar á comprender y á admirar todo lo que hay de más bello en una obra de arte.

No puedo, por mi parte, aspirar á semejante fin; en cambio la sinceridad de mi sentir hará olvidar que un discípulo no es capaz de juzgar á su maestro.

II

Don Carlos Gagini es persona retraída que dedica sus mejores momentos al estudio, al trabajo y al hogar. En ellos halla las fuentes más abundantes de bienestar y contento. Rara vez se ve en su semblante un dejo de tristeza. Cuando la tiene, la alimenta con el estudio. Su conversación es agradable, instructiva, llena de una sencillez y naturalidad que no se revela en las conversaciones de personas estimables que aquí tenemos (con razón) por literatos, entre los cuales existe el prurito de halagar los oídos, de no causar disgusto á nadie diciéndole la verdad. El señor Gagini, por el contrario, es de una cortés franqueza que inspira confianza. Obtener de sus labios un elogio es un triunfo, es un estímulo poderoso; cuando se recibe se tiene fe en uno mismo; se aceptan con gran placer las correcciones que hace porque jamás se advierte en él otro deseo que el de corresponder á nuestra confianza, no el de deprimir.

La mayor parte de los escritos literarios de don Carlos Gagini han aparecido en revistas y periódicos extranjeros; por eso quizás es mejor estimado fuera de su país, donde, no obstante, goza de un gran prestigio su nombre. Se mantiene bastante apartado de las redacciones de

nuestros diarios; se comprende, pues, el silencio que en diversas ocasiones ha habido para él y sus trabajos.

Ha escrito versos y cuentos, muy poco de crítica, un valioso *Diccionario de provincialismos* y actualmente trabaja en dos obras, una sobre *Composición castellana* y otra *Ejercicios de Lengua Castellana*.

III

Los versos de don Carlos Gagini, carentes del movimiento y fogosidad que les presta un alma ardiente, guardan con frecuencia algún pensamiento filosófico, alguna metáfora hermosa y bastantes imágenes con vida; pero una vida suave, en ocasiones casi imperceptible. En la mayor parte de sus composiciones, excepción hecha de la leyenda titulada *Adela*, se nota la pernicioso influencia de la retórica y la gramática; sobre todo de la última que enfría, que hiela el ardor fecundo de la primera concepción. He tenido oportunidad de observarlo, de preferencia, en una poesía llamada *En la playa*: los cuatro primeros versos traducen la viveza de un entusiasmo real, que repentinamente queda apagado y para todo el resto del poema; el cual, por otra parte, conserva algo de ese calor latente que circula en lo interior del sentimiento. El señor Gagini ha sido poeta en esta ocasión. El pensador delante de la naturaleza, enfrente de la existencia siempre igual de las cosas, aprende a conocer que las cosas y la naturaleza, viven ignorando al hombre, cuyos diferentes estados de ánimo no llegan a perturbarlas nunca. En la naturaleza el hombre está solo, aislado, porque ella no se goza ni se duele con él. Su miserable consuelo es formar con las flores de su dolor su propio bálsamo, así como el unguento maravilloso de Medea era hecho con las yerbas cogidas de la tierra que había regado con su sangre

Prometeo. El poeta, por el contrario, difunde su propia alma en las cosas que lo rodean y se hace la ilusión de que el alma de las cosas goza ó padece con él. El señor Gagini en esta ocasión ha sido poeta y no pensador, que es como con gran frecuencia se presenta.

Hay horas en que el espíritu se lanza hacia el pasado en busca de esos restos flotantes de nuestra existencia que se quedan adheridos a los objetos, lugares y personas que amó nuestro corazón. Nuestro espíritu siempre los halla embellecidos porque uno de los milagros del tiempo es hermohear y colorar el pasado. Sí, el recuerdo es un mago que, como el rey Midas, convierte en oro todo cuanto toca. En casi todos los recuerdos hay un dulce acento de tristeza que es lo que les da tanta poesía. Los poemas verdaderamente tiernos poseen ese algo fugitivo de los recuerdos, de esa melancolía impalpable de lo que no es posible que vuelva nunca, de esa tristeza indefinible de la página de un libro amigo que se cierra para siempre.

En una poesía de mi maestro, nombrada *Recuerdo*, se percibe esa fluctuante vaguedad del sentimiento á que me refería. Leo con deleite la última estrofa:

Nada ha logrado mitigar mi pena
ni colmar el vacío de tu ausencia,
porque aun está con tu recuerdo llena,
á pesar de tu olvido, mi existencia.

Obsérvese cómo el sentimiento no sabe rellenar con adjetivos los versos.

Adela es una leyenda de sencillez campamorina, hay fluidez y soltura en sus estancias; pero no me satisface. Hoy busco en los versos una emoción profunda que se filtre en el alma, ó el análisis breve, delicado, exacto de un sentimiento, de tal modo que me haga exclamar: "así lo he experimentado yo." Pienso, no obstante, que lo más pesado del mundo es filosofar á lo Descartes ó Hume y que el poeta pensador

debe dejar que su filosofía se desprenda de los versos; que el lector, sorprendido delante de un alma que se ofrece desnuda á sus ojos, aprenda á penetrar en la suya, á descubrir, sirviéndose de la ajena, de la del poeta psicólogo, las causas de sus diferentes estados de ánimo.

Un analista francés de primera fuerza ha dicho que "nuestros estados de conciencia son como islas en un océano de tinieblas que las oculta eternamente sus fundamentos. Que adivinar por medio de sondeos el terreno que hace de esas islas las cumbres visibles de una misma cadena de montañas, invisible é inmóvil bajo la masa intranquila de las aguas, es la obra del psicólogo." Hé ahí también la obra del poeta que pretenda ser leído en el porvenir.

El metro y la rima para don Carlos fueron amenudo estrechas ligaduras que reprimieron el vuelo del pensamiento, frecuentemente no ha estado feliz en sus estrofas; sin embargo, algunas, escritas en las horas que todos tenemos de poetas, son tiernas y sentimentales. Don Carlos Gagini vale incomparablemente más como prosador, y él es el primero en asegurar que sus versos no le satisficieron jamás. Ay! Es verdad! Nunca, al leer uno sus mismos versos, siente colmársele el corazón, y es que no es posible verterlo todo entero en ellos!

IV

No es el estilo simplemente la manera de ordenar nuestros pensamientos, es el modo de su sentir y expresar las emociones que agitan ó agitaron nuestro sér. Hay impresiones que convertidas en recuerdos, atraviesan toda una existencia é imprimen á sus manifestaciones un tinte más ó menos vivo, por el cual bien puede reconocerse. "L'âpre odeur de la mer;" es una idea que por sí sola basta para saber que se tiene delante las *Contemplaciones* ó los *Castigos* ó cualquiera otra obra de Víctor Hugo en el

destierro. Es frecuente hallar en la mayor parte de los escritores ciertos pensamientos ó ideas que independientemente de la forma revelan su personalidad literaria. Hasta en las conversaciones de los que no escriben nunca hay reflexiones, giros, temas, que descubren al exterior la imperturbable continuidad de un Yo.

Así, no extraño ver como título de un cuento *En la playa*, después de haberlo visto ya al frente de unos versos. Con seguridad hay aquí una impresión que ha perdurado, que ha sobrevivido á muchas otras y que tiende á encarnarse en una forma corporal. Leo por tercera vez ese cuento y, sin reproducir algunos trozos, no me sentiría satisfecho.

El tren se había detenido y una bocanada de aire fresco penetró en el carro. Estábamos en la Chacarita.

* * *

"La verdosa llanura del mar rizada levemente por la brisa y salpicada de copos de espuma, parecía inmensa alfombra de hierba sobre la cual se hubiese posado una bandada de palomas blancas: las arenas de la playa chispeaban como millones de diamantes microscópicos: no hendían el aire vibrante las aves pescadoras, sólo un alcatraz paseaba al vuelo perezoso sobre las ondas fugitivas que el sol del medio día tenía de reflejos rojizos.

A lo lejos se divisaba Puntarenas, ávida lengua de un reptil gigantesco; en frente las islas azuladas y detrás como fondo de la decoración, las cordilleras de Nicoya coronadas por una franja uniforme de nubes plumizas.

Un vapor anclado á poca distancia del muelle me hizo palidecer y volverme instintivamente hacia Estela: ella también lo había divisado, y sus ojos llenos de lágrimas se clavaron en los míos con una expresión que me hizo estremecer de dicha. Un mismo pensamiento nos había asaltado: acaso era aquella embarcación la

que pocas horas después debía separarnos para siempre; mas no pude sentir entonces todo lo abrumador de esa idea, enajenado por la dulce certidumbre que acababa de leer en el fondo de aquellos ojos negros."

El cuento es primoroso: á la tersura de la forma añade un irresistible sentimiento de amor, claramente descrito. La sola carta de Estela encierra un drama, que, no por común, deja de ser desesperante.

En el alma del protagonista se empeña una lucha entre el romántico de los veintidós años y el hombre á quien las necesidades de la vida han hecho práctico.

"En vano—agrega—quise resistirme, protestar: venció el sentido práctico de la vida, el escudero egoísta y positivo que acompaña y equilibra al caballero andante que la naturaleza encarnó en nuestro sér."

En la playa es para mí el mejor de sus cuentos.

El filtro, la *Colina de los dos amantes*, el *Guardapelo* y *De caza* son serios; *Lily*, *La Silla del Gobernador*, poco serios; jocosos, casi cómicos *Por un zapato*, *Por un cajista* y *Baño trágico*. Me agradan más los primeros, los otros son para leídos una vez sola, ellos se prestan para hacer gala de nuestra lengua, rica en decirs jocosos; mas no para desenvolver un sentimiento delicado ó profundo. No obstante admiro esa envidiable disposición para observar dos ó tres diversos aspectos de las cosas. Es innegable que el *Yo* puede desdoblarse y descubrir distintas personalidades en una.

Ignoro si don Carlos conserva alguna estimación por sus cuentos jocosos; creo que no, y es que en verdad no son ellos ni la obra más acabada, ni mucho menos la que realiza las esperanzas que él ha hecho nacer en quienes le conocen y aprecian.

Del buen soneto se ha dicho, aunque en estilo un tanto decadente, que es una lágrima engarzada en una gota de rocío, sin duda para significar, no solamente las delicadezas de arte que su ejecución requiere, sino también que el licor que ha de vaciarse en tan esbelta forma debe venir de las profundidades del corazón ó del alma. Y el cuento es en la prosa lo que en los versos el soneto. Para mí tengo, que como en éste, debe en aquel predominar un pensamiento, la expresión de un algo que deje adivinar las ansiedades, las dudas, las teorías, las incertidumbres de la época. Si poseyésemos una vida realmente nacional no pediría semejantes cosas; pero nosotros disfrutamos de una vida intelectual europea: somos, quienes más, quienes menos, franceses ó afrancesados. Las tendencias contemporáneas de la Literatura reflejan un deseo irresistible de análisis á que no podremos sustraernos, á menos de preferir la vaguedad estéril de escritores, que, contentos con eslabonar períodos, descuidan el estudio detenido de las ciencias, por creerlas demasiado secas; cuando, al revés, la marchitez de la poesía de estos últimos tiempos, procede de la ignorancia de los literatos á la violeta que hoy abundan. Hubo un tiempo en que la Religión dió su mano á la Literatura y ambas dominaron en aquellas almas antiguas que encontraron en sus poemas, tragedias y odas todo cuanto anhelaban; hoy que con los hombres se han sepultado los dioses, que nos devora la sed de lo infinito y el presentimiento del más allá, la Ciencia es la sola que logrará salvar la Literatura.

Al terminar aquí el presente estudio confieso que no es completo. Nada he dicho del señor Gagini como crítico, filólogo y profesor. Dejo todo eso para cuando vea la luz pública su nuevo libro *Ejercicios de Lengua Castellana*.

Roberto Brencas Meseriu.

ALUMNIADA

Tienes la morbidez de la azucena
 Deshojada en el vaso de la orgía,
 Y trasciende á tu rostro la serena
 Elación del espíritu que pena
 Y á nadie sus tormentos le confía.

Padeces en silencio cual las flores
 Que exhalan ante el ábrego perfumes,
 Y teniendo en el alma resplandores,
 Tú, la víctima inerme, no presumes
 Cómo en tu mal se gozan tus censores.

Te hieren á mansalva porque brillas,
 Matan tu corazón porque has amado;
 Y los que ayer miraste de rodillas
 Hoy pretenden hallar en tus mejillas
 El rubor y las sombras del pecado.

Sola te ves ante el dolor; artero
 Te insulta el vulgo, y si tu labio clama,
 No acude á tu presencia el caballero
 Que en épocas gloriosas, por su dama
 Asía el puño al toledano acero.

Para vencer te basta la hermosura
 Y el fulgor ideal de tu tristeza;
 Si eres diosa, no importa que la oscura
 Muchedumbre te insulte; tu pureza
 No ha de perder por ello la blancura.

Bogotá—1895

Maximiliano Giliberto

CRONICAS AÑEJAS
TRAVESURAS DE UN ESCRIBANO

Gobernaba la provincia de Costa Rica, allá por los años de 1574, el muy ilustre señor Alonso de Anguciana de Gamboa. Después del abandono de la gobernación hecho por Perafán de Ribera, con motivo del terrible desastre que sufrió en su expedición al río de la Estrella

en busca de las fabulosas minas de oro descubiertas por Vázquez de Coronado, había quedado la provincia en gran desamparo. Los vecinos deseando encontrar el alivio de sus males y pobreza, pidieron á la Audiencia por gobernador y capitán general á un hombre acomodado, que estuviera en disposición de gastar unos cuantos miles de pesos en expediciones contra los indios y en el descubrimiento de minas de oro, de que era fama abundaba la tierra bautizada con nombres tan sugestivos como los de Castilla del Oro y Costa Rica, y donde los indios cortaban leña con hachas de oro.

La elección de la Audiencia recayó en Anguciana de Gamboa, un hidalgo vecino de Granada en la provincia de Nicaragua, sujeto rico en ganados y dineros, que gozaba de cierto prestigio y popularidad en Costa Rica desde su venida en compañía del licenciado Juan Cavallón, y que había sido además uno de los fundadores de la ciudad de Garcí Muñoz y miembro de su cabildo. Con estos antecedentes fácilmente logró Anguciana que los vecinos de Costa Rica solicitasen del presidente de la Audiencia su nombramiento.

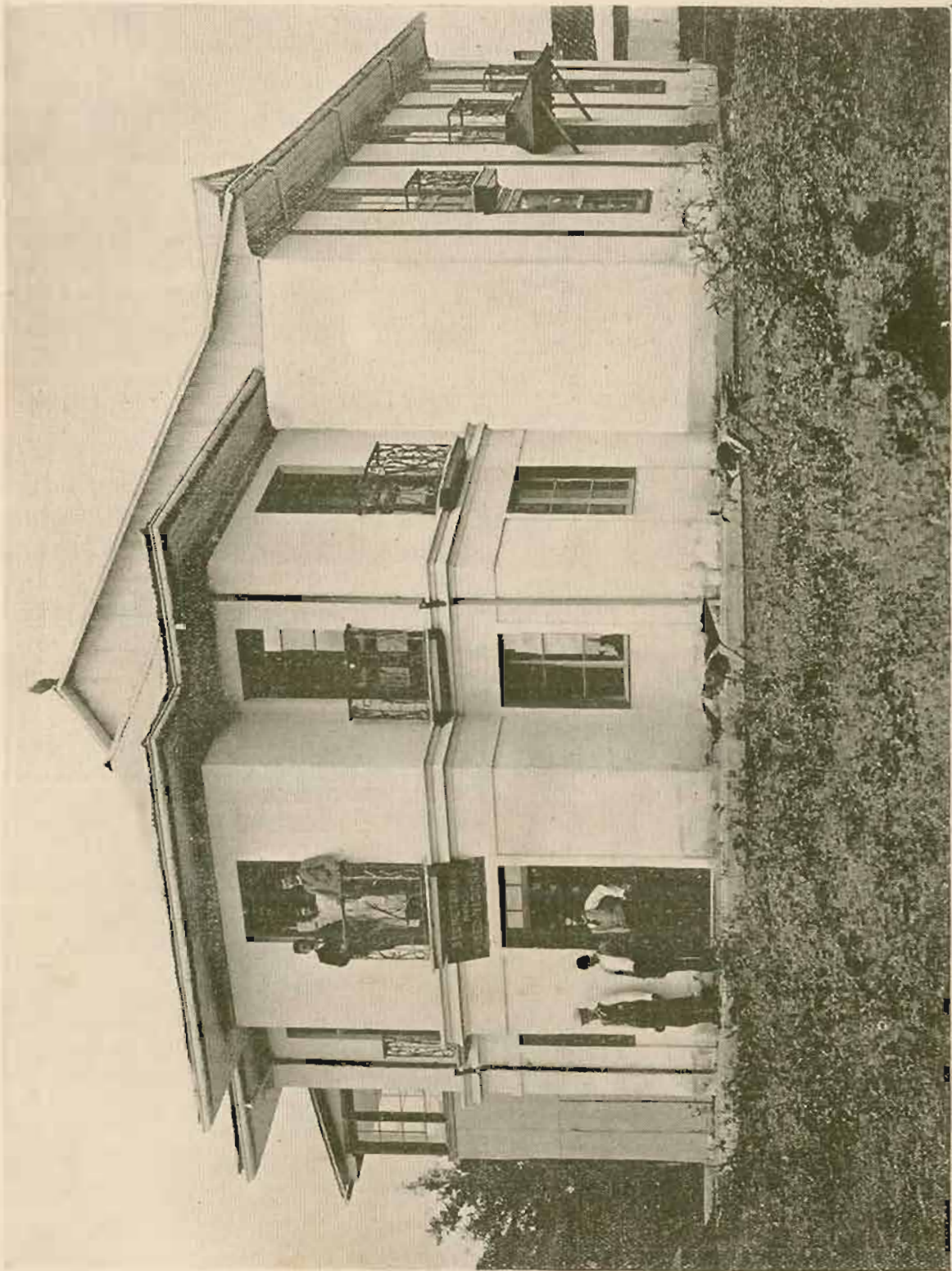
Anguciana de Gamboa salió de Granada llevando en su compañía algunos amigos que deseaban compartir su fortuna, y todos ellos una buena cantidad de esclavos para el beneficio de las minas que no podían menos de hallar en esta bendecida tierra, donde al decir de Juan de Estrada Rávago, compañero de Cavallón, se podía poner una herrería de oro. Los vecinos le recibieron con grandes agasajos; veían en él á un antiguo compañero de armas que con ellos había militado bajo las banderas de Cavallón y Vázquez de Coronado, y que favorecido por la suerte volvía con buenos sacos de ducados para gastarlos generosamente en nuevas y productivas empresas. La dureza y tiranía empleadas por Perafán durante su gobierno era otro de los motivos de la popularidad de Anguciana, pues todos esperaban que se mostraría blando y afable

para con sus antiguos compañeros, á cuyas instancias debía su nombramiento de gobernador y capitán general.

Pero es de creerse que la grandeza y el poder trastornaran la buena índole del gobernador; bien pronto tuvieron ocasión los vecinos de Cartago de observar en él ciertas veleidades despóticas que les hicieron sospechar que poco ó nada habían ganado en el cambio, porque si tiraro había sido Perafán no llevaba muchas trazas Anguciana de ser mejor. Comenzaron entonces las murmuraciones y las habladurías contra el gobernador, cosas á que los vecinos de la provincia se mostraban particularmente aficionados; pero Anguciana que sabía de qué pie cojeaban resolvió aplicarles remedio eficaz. Pronto estuvo la cárcel de Cartago llena de murmuradores, menudearon los procesos, algunos fueron multados y á otros se le despojó de las encomiendas de indios de que Perafán les había hecho merced.

Despuntaba entre los murmuradores Domingo Jiménez, escribano público y del cabildo de la ciudad de Cartago, sujeto de bastante ingenio y travesura, que solía tener sus tratos con las musas como en adelante se verá. Anguciana no ignoraba las habladurías del escribano, pero como éste era hombre ducho en achaques de justicia y muy capaz de armarle un caramillo con los graves doctores de la Audiencia de Guatemala, se veía obligado á usar con él de cierta tolerancia. Envalentonado el escribano con la impunidad de que gozaba escribió contra el gobernador una sátira que fué muy celebrada y anduvo de mano en mano. La cólera de Anguciana ya no tuvo límites y mandó prender al deslenguado.

La cárcel de Cartago no era por aquel entonces ningún castillo; á los reos de graves delitos se les aseguraba con grillos y cadenas, única manera de ponerles á buen recaudo. No dicen los manuscritos de la época si con el escribano se tomaron estas precauciones, pero es de pre-



Nuevo edificio del Museo Nacional de Costa Rica

sumirse que así no fuera, porque el ingenioso Domingo Jiménez tomó una noche las de Villadiego, echando á correr por el camino de Nicaragua. Llegó con muchas penalidades á la ciudad de Aranjuez, situada en las márgenes del golfo de Nicoya, y allí se detuvo en busca de descanso. Los vecinos del lugar, que odiaban al gobernador por el empeño que ponía en obligarlos á abandonar sus casas para ir á poblarse en la nueva ciudad del Espíritu Santo, fundada por él en el valle de Coyoche, le recibieron con los brazos abiertos; sin embargo, como era preciso guardar las apariencias y poner á salvo la responsabilidad de las autoridades que estaban

obligadas á prenderle en su calidad de reo prófugo de la cárcel de Cartago, buscó amparo Domingo Jiménez en el convento de San Francisco. Con todo, esto no era obstáculo para que llegada la noche el escribano dejara el claustro y fuera á reunirse con el alcalde, el alguacil mayor y otros amigos en alegre tertulia en que se jugaba á los naipes y se despellejaba de lo lindo al muy ilustre señor Alonso de Anguciana de Gamboa. En una de estas reuniones leyó el escribano unas coplas, compuestas sobre una tonada famosa de la época, que obtuvieron un éxito fabuloso por la sátira que encerraban contra el tirano. Decían así:

*Vive, Leda, si podrás
Y no penes atendiendo,
Que segund peno partiendo
Ya no esperes que jamás
Te verá ni me verá.*

Por no ver mi perdición
Parto de esta tierra aflito,
Huyendo de Faraón,
A tierra de promisión
Dexando aquesta de Egipto.
Y sin duda esta partida
Me da pena sin compás
Sólo de verte afligida,
Mas tú, vida de mi vida,
Vive Leda, si podrás.

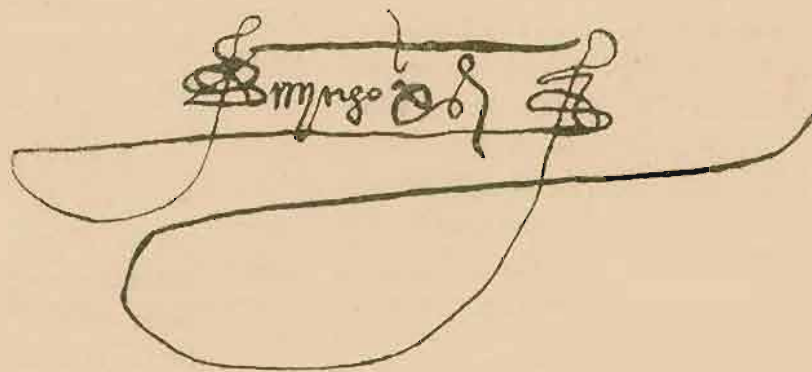
En verme partir de tí
No penes ni vivas triste,
Yo voy contigo y sin mí,
Que desque te conocí
Jamás de mí te partiste.
Espera y ten confianza,
Sólo aquesto te encomiendo,
Que el tiempo hará mudanza,
Tras la tormenta hay bonanza
Y no penes atendiendo.

Pensando en esta partida
El corazón se me parte
Y arrancaseme la vida,

Por quererte tan querida
Y no poder ya gozarte.
De tí no sé qué será
Por lo cual voy padeciendo,
Y tanta pena me da
Ver que no te verá ya,
Que, segund peno partiendo,
La vida podrá partir,
Que sin tí yo no la quiero.
Y en no poderte servir
Lo siento más que el morir,
Por lo cual viviendo muero.
Y siento un dolor tan fuerte
Creyendo me olvidarás,
Que me ha de causar la muerte:
Por donde verme ni verte
Ya no esperes que jamás.

Pero con todo te pido,
Aunque veas que estoy ausente,
Por el bien que te he querido,
Que no me echés en olvido,
Que yo te tendré presente,
Por última despedida
Me da un abrazo y no más,
Pues á ello amor te convida,
Y haz cuenta que en la vida
Te verá ni me verá.

Domingo Jiménez



Anguciana, que veía con mucho disgusto que el escribano se le escapaba, mandó gente á perseguirle; pero cuando llegaron los alguaciles el travieso Jiménez estaba ya en la provincia de Nicaragua, mediante un buen caballo y víveres que le facilitaron sus amigos de Aranjuez. No faltó por de contado un oficioso que llevara el chisme de lo sucedido al gobernador, quien apenas tuvo conocimiento de tamaño desacato se puso en camino, y llegado que hubo siguió á los vecinos un enorme proceso, en el cual, entre otras cosas, se preguntaba á los testigos si les constaba que una tal María Verdugo vecina de Aranjuez tenía muy mala lengua y ponía motes á las gentes.

No parece que en lo sucesivo se mostrara Anguciana menos duro, si hemos de juzgar por la mano de azotes que le mandó pegar, sin forma alguna de justicia, á un antiguo escribano llamado Francisco Muñoz Chacón, tal vez en

venganza de las travesuras de su colega Domingo Jiménez. A los frailes de San Francisco les guardó también cierta inquina por el amparo que en uno de sus conventos encontrara su enemigo, y de ellos tuvo ocasión de vengarse cuando resolvieron abandonar la provincia de Costa Rica y trasladarse á Filipinas. Anguciana los mandó prender y los tuvo en el cepo durante dos meses hasta que sus peternidades prometieron solemnemente que renunciaban á emprender el viaje.

Es de suponerse que el mal éxito que tuvieron sus empresas contribuyera en mucho á exacerbar el carácter discolo y vengativo de Anguciana. Entre otras desazones puede citarse el chasco que le dió cierta mina en el valle de Coyoche, que resultó ser de cobre después de que en ella hubo enterrado el gobernador veinte mil pesos de oro contantes y sonantes.

R. Fernández Guardia

UN DOCUMENTO IMPORTANTE

Damos hoy publicidad á un documento de la mayor importancia para la Historia de Centro América y que arroja una nueva luz sobre uno de los caracteres más famosos de nuestra independencia: don José Cecilio del Valle.

Este documento pertenece á la magnífica colección recogida en los archivos de Guatemala, Costa Rica y España por don León Fernández y que hoy día se encuentra en poder del Gobierno de la República.

Excelentísimo señor:

La real orden de 31 de Julio último que V. E. se ha servido comunicarme en oficio de 9 del corriente, es tan importante como digna de ser cumplida con la más escrupulosa exactitud.

Desde el siglo XV en que se hizo el descubrimiento de América no se habian presentado en tan dilatado espacio de tiempo, sucesos tan grandes como los que han ocurrido en el período corto de la ausencia de nuestro amado Soberano el señor don Fernando⁷ Séptimo.

En menos de tres años se vió á las primeras nuevas del estado lastimoso de la Península comenzar la inquietud de los espíritus, alentarse unos, afligirse otros, propagarse ideas de subversión, hervir las pasiones, conmovérase el nuevo continente, y pasar las Américas casi instantáneamente de los goces de la paz á los horrores de una guerra intestina.

Un cuadro tan grande, objeto de observación para el político, de escarmiento para los falsos calculadores y de experiencia para los gobiernos debía formarse del particular de cada reino de América; y V. E. se ha servido elegirme para que trabaje el de Guatemala á que se extiende su mando.

No desconozco el honor que me hace esta elección; y si por una parte soy convencido de mi incapacidad para dar todo el lleno que exige un cargo tan importante, por otra haría lo que pudiese para acreditar mi obediencia en obsequio de un Rey digno de ser servido, de V. E. que con sus providencias nos ha salvado en crisis tan delicada, y de la causa pública en que todos interesamos.

Pero en asunto tan serio debo manifestar sinceramente lo que siento después de haber leído y meditado la real orden. S. M. manda en ella que se escriban memorias sobre las causas, agentes, medios y fines de las conmociones de estas provincias, presentándose la verdad pura, porque ella sola puede designar los caracteres ciertos del mal; y si memorias escritas con pureza pueden ser origen de providencias benéficas, bastantes para restablecer el orden, memorias en que se alteren los hechos, ó se presenten sólo en un aspecto, pueden dar ocasión para que se equivoque el Gobierno de América y se preparen males nuevos ó se perpetúe el germen de los antiguos.

No es imposible ejecutar lo primero. Un hombre reflexivo que sepa subir al más alto origen y descubrir el hilo de los sucesos, puede es-

cribir una memoria de mérito, observando: 1º, el espíritu de los países conquistadores en general, y el de la América en particular; 2º, el influjo que hayan tenido en este espíritu las obras publicadas por los extranjeros para oscurecer la gloria de España y hacer odiosos á sus hijos en la conquista de este continente, las doctrinas que algunos filósofos comenzaron á difundir sobre los gobiernos y sociedades políticas, el ejemplo de las colonias angloamericanas en la guerra de su independencia, el que dió posteriormente la Francia, y las constituciones y escritos sediciosos que abortó su espantosa revolución; 3º, las ideas y sentimientos producidos por el concurso de éstas y otras causas, su mayor exaltación en las capitales de América donde hay más ilustración y pasiones que en los pueblos subalternos, su desarrollo en el momento en que se vió la Península atacada por fuerzas que se creían invencibles, y su propagación á las provincias y partidos; 4º, el principio y curso sucesivo de las revoluciones ocurridas en éstas de Guatemala, los autores secretos de ellas y los medios que empleaban para ocultar sus miras, afectando lealtad y avanzando al mismo tiempo sus maquinaciones, los agentes escogidos para llevarlas á efecto, los arbitrios de que se sirvieron, y el objeto final á que se tendía; 5º, el plan de medidas tomadas sucesivamente para restablecer la paz y sosiego, según el aspecto que manifestaban las incidencias que ocurrían y los efectos que ha producido su ejecución y acreditado la experiencia.

La exposición de estos puntos, breve en unos y extensa en otros, es necesaria para llenar el objeto de la real orden. Posible es presentar ideas generales, indicar los que han sido procesados por infidencia ó complicidad en la insurrección, y hacer reflexiones vagas, sin concretarse á hechos y circunstancias. Pero señalar el verdadero centro de donde ha partido el fuego; manifestar, como dice la orden, el nombre y carác-

ter de los que hayan sugerido los alborotos y motines; desenvolver todo el plan de sus maquinaciones; esto, señor, no es posible hacerlo con pureza en los mismos países donde existen familias, enlaces y relaciones de los autores ocultos y agentes manifiestos de todo el mal.

Quien descubriese sinceramente la verdad quedaría comprometido á ser víctima de diversos sufrimientos. Años ha que escribió asuntos de menor trascendencia el señor Lorenzana cuando era Arzobispo de México; tiempo ha que el Conde de Revillagigedo dió á su sucesor la instrucción reservada que previene la ley sobre puntos menos delicados; y hasta ahora se odia su memoria porque el primero dijo que los empleos de consideración debían darse en América á europeos bien acreditados, y el segundo indicó que el Gobierno de Nueva España no debía olvidarse que era colonia de la Península.

En memorial de 3 de noviembre del año último, supliqué al Rey nuestro señor se sirviese darme en España la colocación que fuese de su real agrado para vivir en países más análogos á mi carácter y menos expuestos á compromisos. Si S. M. se digna oír mis súplicas, desde luego comenzaré á escribir reservadamente para comprobar mis deseos sinceros de servir en asunto de tamaña importancia. Pero si no merezco ser trasladado á la Península, la penetración de V. E. conocerá los riesgos de un negocio no solamente delicado sino también muy

ramificado en estas provincias; y en este caso me limitaré á exponer verbalmente mis observaciones y pensamientos, deseoso de combinar de este modo mi seguridad personal con mi obediencia en todo lo de real servicio.

Suplico á V. E. se sirva reservar aun esta contestación á su superior oficio, porque indicando en ella el plan de mis pensamientos, esto sólo bastaría para que la intriga maquinase contra mí todo el mal que pudiese.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Guatemala, mayo 28 de 1815.

Excelentísimo señor.

JOSÉ DEL VALLE

Exmo. señor Presidente, Gobernador y Capitán General del Reino.

Es copia de la contestación del señor auditor honorario del ejército y provincia, licenciado don José Cecilio del Valle, al Exmo. señor Presidente y Capitán General de este Reino, sobre el asunto que expresa.

Guatemala, julio 18 de 1815

(f.) RAMÓN ANDRADE

(Hay una rúbrica)

Conforme con su original que se halla en este Archivo General de Indias, en el estante 101, cajón 3º, legajo 5º

El Jefe del Archivo,

CARLOS JIMÉNEZ PLACER

Hay un sello que dice: *Archivo General de Indias.*

FANTASIA

SOBRE MOTIVOS DE IL PAVLACCI

Pobre payaso! Está alistándose en el tocador para salir á la escena y la pintura de su cara le inspira profunda melancolía.

Hace días que está triste; la sensibilidad ha llegado en él á tal grado que la menor impresión le produce dolor. Es que ama, sufre, ambiciona y todos sus de-

seos tienen que quedar como sepultados bajo aquella capa de yeso y de colorete que lo desfigura y lo transforma en otro sér. Y le desespera no poder prescindir de la condición de Arlequín á la cual llegó inconscientemente, porque ese público en donde se hallan sus afectos, en donde existen los complementos indispensables para su dicha, está acostumbrado á su bufón y jamás éste dejaría de serlo sin riesgo de perder la mina de su prestigio y de sus honores.

Esa noche cantó acompañándose con el violín. Nunca se había mostrado tan original, tan variado, tan lleno de inspiración y de delicadeza. Contaba las aventuras de un payaso en el cual reflejaba su alma, su historia, y su voz y sus versos ya eran graves como una protesta, ya violentos como los arranques de una pasión y muchas veces pasaban de la más sentida ternura á la más caprichosa fantasía.

Una cosa llamó la atención del auditorio con particularidad, una escalita que repetía frecuentemente y que él acompañaba con una risa corta, clara, vibrante, mezcla de ironía y de queja, de súplica y de desprecio.

Pocos trozos de música me han emocionado tan hondamente como el prólogo de la ópera de Leoncavallo. No conozco de la obra más que la introducción, apenas sé algo de su argumento, pero su título y el extraño eclecticismo de su armonía, que casualmente me ha tocado oír en momentos de dudas y de combate, han sugerido en mí imaginación el payaso de que hablé, que se presenta en mi cere-

bro como símbolo de un estado de ánimo que es lo más común, dados nuestro modo de ser social y el de la juventud moderna tan abundante en vacilaciones y anhelos y al mismo tiempo tan esclava de la opinión de los demás.

La sociedad pone en las caras una máscara afable, alegre, pródiga de sonrisas y que hace graciosos gestos. Lo que desea es que se la adule, que se la haga reír. Las intimididades importunan, la verdad molesta. Si nos presentamos tales como somos, si no rendimos homenaje á las muchísimas futilidades que la sustentan y nos quitamos la máscara de la hipocresía, la gente se mofa, nos vuelve las espaldas, nos aísla de tal modo que tenemos que volver á representar el papel en el gran carnaval para no vivir como lobos.

Las nobles ambiciones, el desinterés, la amistad, se ven obligados á menudo á usar, entre nosotros, antifaz.

Se me antoja el prólogo del *Pagliacci* las expansiones de una alma franca que se sirve del maravilloso lenguaje de la música para manifestar todo lo que encierra en su fondo, y para reírse con la escalita sonora, clara, vibrante, mezcla de ironía y de queja, de súplica y de desprecio, de su máscara, la cual no se atreve á tirar por fin por temor de provocar las iras de esa elegante muchedumbre que constituye su público.

Pegorio Martin

Antigüedades de Costa Rica

IV

CERÁMICA

El examen detenido de las ricas y variadas colecciones de cerámica india existentes en el Museo Nacional, sería objeto de un extenso libro; mas nos proponemos tan sólo marcar á grandes rasgos el carácter general y aquellos detalles que se notan á primera vista y que parecen el distintivo principal de la antigua alfarería costarricense.

Ya otra vez dijimos que las lozas de barro elaboradas por las gentes que á fines del siglo XV pe-

fecto, si nos fijamos con cuidado en ese libro interesante, veremos que apenas hay alguno de sus grabados que no parezca imitación hecha directamente de las piezas de cerámica existentes y registradas en las colecciones de nuestro Museo Nacional y en las que posee la señora viuda de Troyo, procedentes de los pueblos que bajo la denominación general de Güetares, habitaban la antigua provincia de Cartago, ó Costa Rica, desde la vertiente del Atlántico hasta las montañas de la Herradura, esto es, la meseta central del país y los declives que conducen á ambas mares.

La cerámica de la península de Nicoya y de las islas del golfo del mismo nombre difiere en muchos respectos y se hace notable por la belleza de sus dibujos, por estar fabricada con arcillas más consistentes y mejor molidas que les permitían á los indios hacer las piezas delgadas y elegantes, sin recargo de adornos grotescos. De todos es ya conocida la manera cómo el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo elogia los trabajos de cerámica elaborados en el golfo de Nicoya, cuando dice: "Hay en la isla de Chira muy buena loza ó vidriado de cántaros é jarros é todo lo que se suele hacer de barro: la qual parece propio azabache en la tez é color negro y es muy hermosa cosa de ver las vasijas dello, é yo he traydo desde allí algunas piezas gentiles desta loza hasta esta ciudad de Sancto Domingo." (2)

La pieza que tenemos registrada en el Museo Nacional bajo el número 9121 es un vaso precioso, extraído de las sepulturas antiguas del Sardinal en 1891 por el Presbítero don José María Velasco. Este vaso mide 29 centímetros de alto por 10 de diámetro en la boca; por dentro está pintado de color blanco



Cerámica de los indios Güetares.—Aguacaliente.—Colección de la señora viuda de Troyo.

blaban la región oriental de nuestro territorio, son en todo semejantes á las halladas en Chiriquí y que fueron hábilmente descritas, con profusión de grabados, por el arqueólogo Mr. William H. Holmes. (1) En

(1) Ancient Art of the Province of Chiriquí.—Sixth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1888, pág. 537 y s.

(2) Historia General y Natural de Indias. Lib. XXIX, Cap. XXI, Tomo III, pág. 109. En el Lib. XLII, Cap. XII, Tomo IV, pág. 105, repite Oviedo, con otras palabras lo dicho en la forma en que se halla consignado en los Documentos de don León Fernández; en el Catálogo de las Antigüedades exhibidas por Costa Rica en Madrid, año de 1892; en el Catálogo de la "Colección de Arellano," y en el Informe de la Comisión Norteamericana en la Exposición del Centenario, pág. 319.

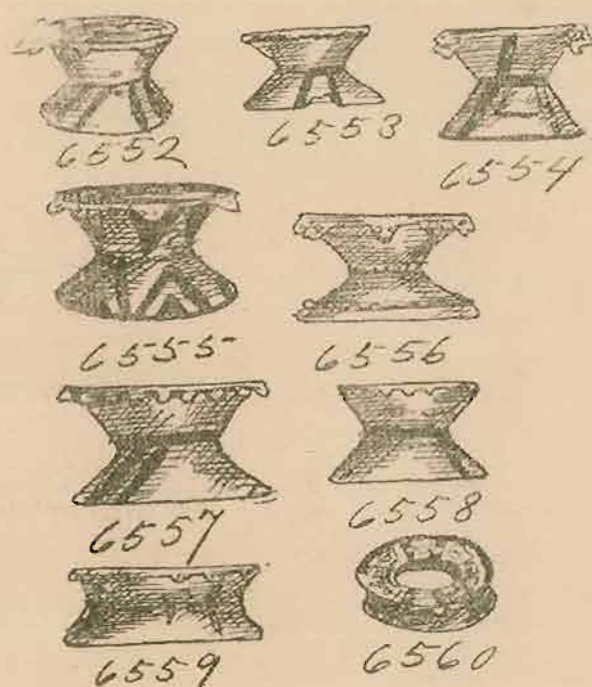
amarillento, que forma á la vez el fondo de los dibujos exteriores. A más de los adornos pintados con rojo y negro, tiene grecas combinadas con líneas rectas y curvas, grabadas sobre las paredes del vaso con un punzón ó pedernal cortante. No tiene relieves, como el famoso vaso "de la salamandra" (número 3202) tan conocido ya en Europa y Norte América, por las descripciones y grabados que de él se han publicado.

Una pequeña rotura que tiene la pieza á que nos referimos, muestra el color rojo vivo de la arcilla con que la fabricaron; se notan también pequeños puntos de color gris, al parecer de cuarzo, granos de arena diminutos ó cenizas que á veces mezclaban los alfareros indios. (1) Otra pieza de mérito incuestionable es la número 9122, que está pintada en colores semejantes á los de la anterior y que pertenece á los mismos pueblos de raza Chorotega, habitantes de la península de Nicoya. Este vaso mide 18 centímetros de alto, por 10 de diámetro en la boca; hacia el centro se dilata mucho, á manera de tinaja. Sus dibujos representan la lucha de un dragón con un guerrero indio armado de hacha desproporcionadamente grande; la figura humana tiene cabeza de águila, con un penacho en forma de hacha, semejante á la que empuña con ambas manos; ese penacho se halla tendido sobre la espalda, desde la cabeza hasta la altura de las caderas. Estas tres vasijas son, á nuestro juicio, las mejores piezas del Museo por su forma y colorido, que podrían, como dice Oviedo, regalarse á un príncipe por su lindeza.

Con respecto al modo como los indios fabricaban la alfarería en el interior de Costa Rica y en el golfo de Orotina, es perfectamente aceptable la opinión de Holmes y de Squier. (2) Si fijamos la atención en la belleza de las patas y relieves de los platos, escudillas, cántaros, etc., fácil será comprender que artistas que tenían la vista y manos tan bien educadas no necesitaban de aparatos mecánicos para dar contornos graciosos y simétricos á las vasijas de barro.

Los floreros trípedes que tan abundantes son en las sepulturas de los indios Güetares, particularmente

en Turrialba, pueden considerarse como obras acabadas en su género. No tienen dibujos de colores, pero la forma esbelta de los pies, con sus bolitas dentro, el talle y relieves del cuerpo de estos objetos de arte, dan idea clara del grado de adelanto á que se llegó en ese ramo. Los Chorotegas sobresallan en sus vasos pintados, en los instrumentos músicos ú ocarinas, en las ollas de grandes dimensiones y en las tinajas adornadas con grecas y figuras. Los Güetares tenían los mencionados floreros, los platos trípedes, los pebeteros, las escudillas, guacales y salvillas, ricas



Salvillas sacadas de la necrópolis del Guayabo en noviembre de 1891, por A. Alfaro.

siempre en relieves que representan animales y figuras fantásticas. Los Güetares no tenían instrumentos músicos en abundancia, hechos de arcilla, porque los usaban según Benzoni, fabricados de cañas huecas, largas y delgadas, á manera de flautas ó clarines.

Verdaderamente ricos en cerámica son nuestros cementerios precolombinos; mas los costarricenses debemos trabajar constantemente por que esos tesoros ó archivos de nuestra historia antigua no se exploten sin sacar de allí el tributo que la ciencia reclama.

Las copas, ánforas y cuencos trípedes, adornados con cabezas de animales, pueden considerarse como ejemplares típicos de la cerámica de nuestros antiguos

(1) C. F. Hartt. Pottery among Savage Races. Amer. Nat., Feb. 1879, pág. 81.

(2) E. G. Squier. Nicaragua: its People, Scenery and Monuments. Vol. I, pág. 288.

indios, aunque bien es cierto que esta industria no era en aquella época exclusivamente nacional.

Entre los instrumentos de viento que posee la colección del ilustrado obispo Thiel hay una ollita, procedente de Santa Cruz, provincia de Guanacaste. Está marcada con el número 5568; por su decerado de rojo y negro, y por la forma, fácilmente se confunde esta pieza, á primera vista, con los ejemplares semejantes de la cerámica italogriega. Al estudiar nuestras antigüedades una por una, las comparaciones se presentan á menudo; mas preferimos aplazar para más adelante ese trabajo, cuando hayamos presentado en artículos subsiguientes, todos los especímenes agrupados por secciones. La clasificación sistemática hará resaltar más los caracteres peculiares y los puntos de semejanza de las diversas piezas con otros

ejemplares de la cerámica fabricada por las tribus del Norte y Sur de América, y tal vez los americanistas de pura sangre, lleguen á establecer, por este medio, lazos de unión verdadera entre nuestros antiguos indios y los primitivos pobladores del Viejo Continente. Si al considerar la obscuridad que rodea nuestra historia precolombina se aparta la vista de esos problemas, por ahora indescifrables, jamás se llegará á resolverlos. Pero á fuerza de penetrar á tientas en lugares que vivieron por muchos siglos en tinieblas, la pupila se dilata y el día llegará en que los sabios podrán leer de corrido en los códices y en los cacharres de los indios, obteniendo por ese medio los datos que son indispensables, para escribir las primeras páginas de la inapreciable historia americana.

Anastasio Alfaro

EDMUNDO DE GONCOURT

(Traducido para LA REVISTA NUEVA)

La desaparición de un escritor no tiene en general el privilegio de turbar la tranquilidad pública.

Se le registra á la ligera, como es natural que suceda en un tiempo en que el genio literario no obtiene más que indiferencia y desdén.

Para conmovér necesita la muerte el sello de la gloria oficial, el lustre de las armas, la adulación de las masas. Sin la política donde conquistó su popularidad Hugo no hubiera dormido bajo el arco triunfal los primeros instantes de su inmortalidad, ni tampoco Panteón alguno ha abierto sus puertas ante el que dio el más soberbio ejemplo de devoción al arte independiente, exclusivo y celoso; pero si el homenaje del dolor público debía de faltar, según la norma, al último de los Goncourt, su fin atestigua la heroica grandeza á la cual un luto de las letras puede alcanzar.

Edmundo de Goncourt ha tenido para llorarlo, los amigos innumerables de su obra y de su pensamiento; á su memoria se ha consagrado el culto de las generaciones que él había formado, el alma, la infinita lástima de todo lo que vive y sufre por el cerebro.

Le fué dada la gracia de no recibir el ultraje de ninguna compasión profana y de no sufrir la decadencia de lentas agonías. De un solo golpe lo derribó la muerte cerca de sus aliados espirituales; al resplandor desolado de los cirios, la guardia de sus discípulos lo ha velado, amortajándole piadosamente en el sudario guarnecido de rosas.

La calma del último sueño no había aumentado su belleza y la memoria de la fúnebre visión no podría suplantar el recuerdo del maestro tal como él se mos-



J.R.S.

M.S. de
K.N.

JARRÓN DE BARRO ENCONTRADO EN UNA SEPULTURA INDIA, EN EL LUGAR LLAMADO EL SARDINAL, NICOYA, EL AÑO 1891.—EXISTENTE EN EL MUSEO NACIONAL DE COSTA RICA CON EL NÚMERO 9,121.—
Dibujo de J. Rojas Sepera; grabado de A. S. Chinchilla.

traba en otro tiempo, y tal como hay que evocarle: alto de estatura, porte militar un poco altivo, el busto recto, á pesar de sus setenta y cuatro años, el óvalo de la cara regular, el bigote caído, bastante despolado para dejar ver sus labios delgados, el mate marfilino de su tez y la nieve plateada de su cabellera sedosa, contrastando con el rayo de sus pupilas de azabache, todo su sér manifestándose en su fisonomía,— el porte, el gesto, el prestigio de la más aristocrática distinción.

Este aire noble, estas maneras hoy abolidas de gentilhomme de letras del siglo XVIII, tenían en Edmundo de Goncourt sus correspondencias, ó más bien eran signos de su moral: anunciaban la probidad de un carácter incapaz de fingimiento, de villanía, la nobleza de sus aspiraciones intelectuales, el refinamiento de un gusto al cual repugnaba por instinto el contacto ó la vista de lo común y trivial. Entre la apariencia y la mente el acorde era absoluto, y se extrañarían las complicaciones psicológicas, si el destino de las almas más sencillas no fuera permanecer incomprendibles, y si toda supremacía no desencadenara la rebelión de lo vulgar. Que la crítica se ejerza sobre la obra con más prejuicio que clarovidencia, ello no deroga la regla, pues usa su derecho á su modo: pero fué para Edmundo de Goncourt una frecuente aventura el ser juzgado, en privado, con ignorancia de causa y el ver sus actos y sus sentimientos disfrazados por reveladores de intimidades, que nunca se le habían acercado. Y por otra parte; cómo violar el secreto de semejante existencia! Nadie tuvo más orgullo en manifestarse menos, más tacto para evitar el comercio de importunos, más cuidado para evitar relaciones inciertas. Al indiferente que por sorpresa se había introducido en casa del artista, la violencia del recibimiento le quitaba la esperanza ó el deseo de volver. Pero el umbral había sido traspuesto: con el agujón del despecho, el indiferente se trocaba en editor de la mentira y de la infamia. Y porque el maestro había rehusado prostituirse á todo el que viniera, cada cual lo representaba como un anciano arrogante, como un misántropo caprichoso y sombrío. No dejemos subsistir nada de estas leyendas; á la legítima reserva de Goncourt, para con el desconocido, hay que oponer su franca y alegre expansión con los amigos de su corazón y de

su espíritu; conviene interrogar y escuchar á aquellos en quienes el maestro descansaba con perfecta confianza, y con los cuales se mostraba tal como era.

Ellos dirán que este supuesto orgullo no era más que el velo de su timidez: dirán que, apesar del encarnizamiento del destino, apesar de la mala suerte que no lo dejó tener una alegría completa, su bondad segura no recibió ninguna espera, y que ella se gastó en distinguir, animar, defender el esfuerzo ajeno con caluroso é infatigable ardor: ellos afirmarán que el verdadero Goncourt, lejos de ser egoísta ó insensible, deseaba la amistad, soportaba mal el olvido y la ausencia, y que la ternura de afecciones libremente elegidas fueron el solo consuelo del aislamiento de su corazón y del luto de su vida.

Entre tantas calumnias, la más asombrosa y miserable, de seguro, es la que acusa á Edmundo de Goncourt de infidelidad á la memoria de su hermano. Al contrario, no puede imaginarse que la fidelidad del recuerdo haya sido practicada con un fervor más solícito.

A este respecto la vida y los libros del último de los Goncourt abundan en testimonios irrecusables. Durante mucho tiempo, de una manera casi regular, la aparición de Julio acompañaba el sueño del sobreviviente y, por una especie de presagio, durante las últimas noches el desaparecido volvió á visitar en sueños al abandonado que pronto fué á juntársele. A su obra confía Edmundo de Goncourt, á fuer de poeta, su tormento y su queja: en el *Diario*, cuando la separación desgarradora, la desesperación estalla en acentos de una belleza dolorosa que no sobrepuja la de las más famosas elegías; ¿y no es también un conmovedor homenaje á la querida memoria, esta novela de los *Hermanos Zenganno*, donde exhaía, en cada página, el doloroso pesar de una comunidad de existencia y de trabajo, rota de pronto? En verdad, en cualquier época que se le considere, Edmundo de Goncourt permanece el Pedro de Bréville de *Henriette Maréchal*, el "hermano mayor" de una benevolencia parcialmente admiradora para el menor, "del cual él es casi el padre, y á quien educó un poco:" y una vez muerto Julio, con el fin de exaltarle más, se verá al *desemparejado* sacrificarse á la gloria fraternal, acreditando él mismo la opinión que atribuye al otro la parte predominante de actividad y de talento.

A la hora presente la colaboración de los Goncourt es misterio aclarado que no permite más inducciones aventuradas. Por sus diferencias con la obra realizada, entre los dos, la obra personal de Edmundo ha determinado, con un rigor científico, la naturaleza del aporte respectivo: la fantasía, la gracia, la ironía, el humor, á primera vista; he aquí los dones que formaron el lote envidiable de Julio; pero á su hermano mayor perteneció el poder de inventar, la serenidad del análisis, la curiosidad de investigación moral, social, la filosofía profunda, humanitaria; esta curiosidad y filosofía que constituyen en la historia, en la novela y la crítica de los Goncourt, sus títulos soberanos de originalidad y preeminencia.

Sin embargo, ni el trabajo, ni la vejez, ni la muerte misma tuvieron el dón de apagar la animosidad é imponer una tregua al ataque; ella surgió más áspera que nunca, cuando fueron conocidas las últimas voluntades de Edmundo de Goncourt. La curiosidad encontró primero en qué divertirse; le gustó burlarse de las liberalidades de una fundación nueva, de discutir la elección de los beneficiados y de calcular el total de la herencia. Después vinieron las censuras graves, alarmadas por el peligro de toda iniciativa, los doctrinarios incapaces de evadirse, de elevarse á la altura de un sentimiento noble, todos aquellos á quienes ni el odio ni la ceguera les permite re-

conocer aquella grandeza de alma y aquel generoso pensamiento que inspiraron ese penoso testamento,—manifiesto póstumo, significativo, honroso por extremo, y que, publicado mañana, cerrará dignamente la obra de los Goncourt.

Así, en el término como en la partida de la carrera, actos, escritos, palabras, todo concuerda, porque todo está ligado á la religión de la literatura, á la literatura libre de toda servidumbre, á la literatura nueva y sin cesar renovada donde se descubre, según el deseo de Baudelaire, la belleza en su más reciente estado. Un interés tan apasionado por el progreso de la evolución moderna hacía á Edmundo de Goncourt acreedor á la aclamación entusiasta de la juventud; la intransigencia de la fe literaria, la subordinación imperiosa, despótica, de la vida al arte, acabaron de conquistarle esta precedencia entre los prosistas, que ayer perteneció á Flaubert, y á Huysmans ahora. En estos maestros la belleza del genio se encuentra acrecentada por la altivez de la actitud, por la concepción imponente que prueban el papel y la misión del escritor; y cuando Edmundo de Goncourt se ha ido, una vez terminada su tarea, ha parecido, á su entrada en la posteridad, grande, tanto por el esplendor de la obra realizada, como por la gloria de haber sido la encarnación de alguna cosa augusta y rara: el amor á las letras en lo que hay de más puro, absoluto y sublime.

Roger Marx

Nuestros grabados

Isabel Tioce.—Alguien, un poeta, la comparó con un delicadísimo madrigal. Madrigal rimado por la gracia é inspirado por la belleza que ha puesto su espléndida

aureola en la frente immaculada de esta joven diosa. Facio, el egregio cincelador, para esculpir su talante de reina, se habría ido en peregrinación hasta que encontrara un

de las vetas maravillosas en que los gnomos tallan sus creaciones soberanas. Pero sólo él, enamorado de las supremas esquisiteces, conoce los ignorados caminos que conducen al imperio del viejo rey enano de la barba de nieve. Aquí, á flor de luz, no hay piedra para esculpir el talante de reina de esta joven diosa.

—
Livia Alvarado.—Las líneas de su fisonomía tienen la corrección y la finura de los mármoles griegos; pero su tez morena denuncia el influjo de los trópicos, que en sus venas hace circular, abundante y ardiente, la sangre juvenil. Livia Alvarado es una hermosura ennoblecida por la corona de la inteligencia, que brilla, como una aureola resplandeciente, sobre su cabeza de virgen soñadora. Su inteligencia tiene un marco de oro que le presta mayor atractivo y mayor realce: su modestia. Recibió esmerada educación y su espíritu se nutre constantemente con la savia de la lectura, á la cual consagra buena parte de su tiempo. Su sonrisa es de las más graciosas que pliegan el labio femenino; su conversación ingenua, amena y agradable, y por todos estos encantos es Livia Alvarado, nuestra adorable amiga, prenda valiosa en el hogar de que es orgullo, y gala de la sociedad en que vive. *La Revista Nueva* adorna hoy con su retrato una de sus páginas, como tributo rendido á su belleza y á sus encantos.

—
Marta Rawson.—Entre los diversos géneros de belleza que conocemos, hay uno que merece toda clase de predilección: es

aquel en que la materia, la línea, la forma, como si hubiera recibido un soplo intelectual, se ajusta humilde á servir de envoltura al espíritu. De Marta se puede decir con acierto que posee la belleza de su alma. Ni el pincel, ni la cámara obscura podrán jamás aprisionar los detalles de su fisonomía, sugerir la idea de su expresión vivísima, de la gracia que parece rodearla como un nimbo. Suena para Marta, en esta época, la hora decisiva de su existencia. El matrimonio—sueño dorado de la mujer—va á contar entre sus filas una devota más; pronto será un hecho la consagración de su nuevo hogar.

A embellecerlo con el arte, á perfumarlo con la virtud, se dedicarán los esfuerzos de ella y de su prometido.

¡Cuán gratos recuerdos ocuparán la mente de las jóvenes poco antes de sus bodas! Toda su vida anterior, abillantada, luminosa, pasará volando en los minutos dedicados al reconocimiento y dejará esa impresión, dulce y dolorosa á la vez, que se llama nostalgia del tiempo viejo. Pero si el porvenir de Marta es halagüeño, no lo es menos el pasado; sus éxtasis deben ser turbados por alegrías, destacándose como dos notas salientes sobre el armonioso conjunto, el eco de los aplausos, tributo de gloria á la artista infantil y la risa sonora de los niños, risa que recompensó con creces los desvelos de la pequeña maestra. El retrato publicado en este número es un homenaje que la señorita Rawson se merece y quisiéramos que estas líneas simbolizaran rosas frescas para adornar con ellas el altar en la noche de su desposorio.

Don Maquel M. Peralta.—En el presente número ofrecemos á los lectores de la *La Revista Nueva* el retrato del señor don Manuel M. Peralta, Ministro de Costa Rica en Europa y uno de los hombres más eminentes de la América Central. Inútil nos parece hacer de nuevo la biografía de este conocido hombre público, pues de seguro habrá muy pocos costarricenses que no conozcan los detalles de una vida consagrada en su mayor parte al estudio y al servicio de la Nación. El señor Peralta ocupa hoy en día lugar muy envidiable entre los más distinguidos diplomáticos de la América española, no sólo por su larga carrera sino también y principalmente por su esclarecido talento, prodigiosa erudición y el mérito incontestable de las obras de historia de que es autor, y de sus trabajos acerca de la vieja cuestión de límites que sostenemos con nuestra vecina Colombia. El señor Peralta es, además, literato

muy distinguido, aunque sus importantes ocupaciones en beneficio de la República no le permiten consagrar á las letras todo el tiempo que para bien de la literatura americana fuera de desearse.

Museo Nacional.—El 15 del pasado mes de septiembre quedó definitivamente instalado en su nuevo edificio el Museo Nacional. Nuestro grabado da idea clara de su parte exterior.

Vaso indio.—El vaso indio que reproducimos pertenece á la Colección de Antigüedades del Museo Nacional. Este grabado ha sido ejecutado por el joven litógrafo don A. S. Chinchilla, sobre un dibujo de don J. Rojas Sequeira. Nos referimos al artículo que sobre esta joya de la alfarería indígena ha escrito nuestro colaborador don Anastasio Alfaro.

De todo

DIEGO VICENTE TEJERA, distinguido poeta cubano, es el autor del siguiente juicio crítico sobre Facio.—Lo reproducimos con gusto, para que se vea cómo los que de veras son autoridades, juzgan sin interés y sin pasión á los hombres nuestros.

“Justo A. Facio—MIS VERSOS.—San José de Costa Rica.—1894.

“Facio es joven, es hijo de una de esas repúblicas de Centro América donde, por causas que no acierto á explicarme, ha prendido y florecido con tan chillona lozanía la extraña planta del decadentismo parisiense. Los versos de Facio vienen clasificados por él mismo como *respones, bronces, adelfas, meda-*

llones, tapices, versos grises, facetas, flores de llanto y torsos. . . pero no se escamen los lectores, no son ninguna de esas. . . cosas raras, sino simplemente versos, y lo que es mejor, versos admirables por su sensatez y buen gusto, de esos que parecía que no debían hacerse ya, desde que se dió por averiguado que el verdadero ideal de la belleza se alzaba en el Japón y que nuestras corrientes lenguas eran vulgares por claras y había que ennoblecerlas embrollándolas hasta el punto que no las entendieran los mismos que las escribiesen. Facio, por inverosímil que se crea el caso, es un mozo que goza de buena salud, no sufre nostalgias de países y de épocas que no ha visto, prefiere darles besos á mujeres lindas antes que

á frailes angulosos y á monjas escuálidas, y no se abandona al triste placer solitario de estar perennemente contemplándose á sí mismo, sino que convierte los ojos á la naturaleza y compone bonitos romances á la *Mañana* y á la *Noche*, los fija luego en la historia y evoca gallardamente la imagen de la Grecia antigua, le alza un himno á Cleopatra y encierra en sonetos preciosos las figuras de Moisés y el Dante, de César, de Cervantes, de Colón, y se muestra en fin enamorado de una virgen, pero virgen de "carne firme que tiembla" al contacto de una boca. Cierta que conoce el hastío y de él se queja en endecasílabos *grises*, pero su disgusto no proviene de agotamiento nervioso ó del despertar de ensueños imposibles, sino de la natural deficiencia de las cosas y del cansancio de la vida real, sentimiento por desgracia muy humano. No hay en Facio nada de misticismo ni de simbolismo, no, sino una franca y juvenil inspiración helénica, que fluye clara y armoniosamente, contenida en una lengua precisa y abundante, clásica por su elegancia y su pureza, moderna por su riqueza y su flexibilidad. Poeta conceptuoso, de bastante sensibilidad y fantasía, maneja el verso como artista consumado, haciendo recordar por la amplitud y corte de los endecasílabos y su rima nueva y vigorosa, la manera majestral de Núñez de Arce.

"Ya ven los lectores que si en la colección de Facio no hay en realidad, como dije, bronces, ni torsos, ni tapices, ni ninguno de los cachivaches del decadentismo, hay sí, y esto es algo en un poeta, buena poesía expresada en versos buenos."

(De *El Figaro* de la Habana)

LOS HABITANTES DE UNA GOTTA DE LECHE.—Una gota de leche es un mundo pequeño con más de cuatro millones de habitantes. Pero aun más asombrosa que esta población enorme es la rapidez de aumento de que es susceptible. En la leche conservada á la temperatura ordinaria (y cuentan que en tal caso la influencia de la temperatura es de las más importantes) el aumento de dicha población puede alcanzar en seis horas la proporción de 1 á 400. Para dar idea de las minúsculas proporciones de estos habitantes, basta decir que un sabio que ha estudiado especialmente el asunto, hace constar que sería posible colocar 400 millones de ellos en una superficie de

siete centímetros cuadrados; es decir, que en tan reducido espacio caben holgadamente 266 veces más habitantes que tiene Madrid, ocupando cada microbio una superficie igual á la cuatrocientos millonésima parte de una pulgada cuadrada, espacio más que suficiente para que en él se mueva sin embarazo uno de dichos microorganismos. Inútil es decir que estos últimos son invisibles á simple vista y sólo se les distingue con ayuda de un poderoso microscopio. En algunos casos, sin embargo, se logra verlos sin instrumento, pero no individualmente, sino por grupos ó colonias que se forman cuando estos obreros microscópicos logran desarrollarse en un medio sólido como la gelatina y se ven obligados á reproducirse siempre en un mismo espacio por no poder utilizar sus medios de locomoción. Dotados como están de tan extraordinaria fecundidad, muy pronto se hacen visibles bajo la forma de placas de distintos colores. Se ha calculado, sobre la base de los más pequeños, que 900 millones de microbios llegarían apenas á pesar un gramo. Su maravilloso poder de reproducción no reconoce más límites que los del medio que les rodea. En veinte minutos próximamente cada individuo constituye una familia, y al cabo de algunas horas cuenta progenitura de muchos millones de descendientes.

Se calcula que si los microbios descendientes de un solo individuo pudieran desarrollarse en las circunstancias más favorables, ocuparían en menos de cinco días una superficie igual á la de todos los mares. No hay que decir que, por fortuna, estas circunstancias no se presentan nunca.

Por minúsculos que sean los organismos de los microbios, no se crea que son todos iguales: entre los habitantes de ese pequeño mundo se encuentran grandes diferencias de aspecto, de tamaño, de costumbres y de medios de reproducción. Unos presentan la forma de un glóbulo redondo, otros de un cigarro; estos son á modo de hilillos en espiral, aquellos en hélice. Además existe una gran diferencia en sus modos de desarrollo: unos se dividen sencillamente en dos partes distintas y otros tienen la facultad de desarrollarse en longitud. Un medio de multiplicación muy general consiste en dar á luz esporas, cuerpos redondos ú oroides que se forman en el interior del organismo y que en condiciones favorables de temperatura, se desarrollan á su vez y constituyen nuevos microbios.

Crónica

Nos sentimos muy favorecidos por la acogida que se nos ha dispensado. Autorizadas voces de aliento han resonado por dondequiera para nosotros. Por este medio rendimos nuestros agradecimientos a cuantos han tenido frases galantes para *La Revista Nueva*.

El rapazuelo, como ofendido por aquella suave luz de aurora que, rompiendo la línea de sus párpados entrecerrados, acariciaba dulcemente su pupila, frunció el ceño, puso gesto de enfado y, agitando levemente las alas de encaje, quiso irse á requerir de amores á la rubia noviecita que había dejado en el cielo. ¡Pícaro!

Pero las alas, con adorable torpeza, no obedecieron el impulso de aquella loca imaginación infantil, y el Rey Bebé, que ya soñaba con columpiarse en el arco de oro de alguna lejana estrella, reposa tranquilamente en su cuna, arrullado por el canto amoroso de su buena madre, doña Felicia de Pacheco.

¡Cuidado que fué gorda la broma que nos jugó el pícaro muchacho!

* * *

Ha pasado esta vez el quince de septiembre sin la alegría y festejos de años anteriores. Cualquiera diría que nuestro pueblo no comprende la grandeza de tan glorioso aniversario. Pero quien tal cosa piense no estará en lo justo, porque hay que tomar en cuenta diversidad de circunstancias que este año han paes-to dique á la pública alegría.

Pensamos que el Gobierno hará muy bien en reglamentar las fiestas que año tras año deban celebrar, se el día quince de septiembre. Es á él á quien, sin duda, le corresponde tomar la iniciativa.

No pedimos que se despliegue la espléndidez de que se hizo gasto el año pasado. Pero sí creemos que bien podrían organizarse festejos dignos de nosotros y del hecho que se trata de conmemorar.

Dichosamente el Gobierno abunda en los mismos deseos que nosotros sustentamos y, en adelante, sabremos celebrar el glorioso aniversario de nuestra emancipación política.

* * *

Se habla de un baile de fantasía que probablemente organizará el simpático *Club Leticia*. Digna de aplauso nos parece esta idea. Ya, en el número anterior, tuvimos ocasión de manifestar, *con la franqueza que nos caracteriza*, lo que acerca del baile pensamos. El *Club Leticia* no debe pasar en blanco nuestra valiosa opinión. ¡Qué se baile!

* * *

Con éxito notable ha trabajado durante todo el mes de septiembre, en el Teatro Variedades, la *Compañía Infantil*, cuya llegada á esta capital anunciamos en nuestra crónica de agosto. La compañía es bastante buena. No hay que olvidar que no es posible someter al tamiz de una crítica estricta á chiquitines que más están para jugar el *trompo* ó la pelota, que para hacer de *chulos* ó *manolas*.

Sin embargo, aun considerándolos como artistas hechos y derechos, hay algunos, como Remedios Rodríguez, Emilia Colás, Carmen Jiménez, Ramón Perdiguero y Francisco Jiménez, que merecen toda clase de aplausos y alabanzas.

Vendremos la *Compañía Infantil* entre nosotros hasta el 20 de este mes, día en que partirá para las repúblicas del Sur.

SASTRERIA

—DE—

VICENTE MONTERO G.

6ª AVENIDA, OESTE, N° 38

Frente al Gran Hotel de Giuliani

Surtido completo de

CASIMIRES FRANCESES É INGLESES

Esmerado trabajo y exactitud en el cumplimiento de las obras que sean encomendadas.

BAZAR DE SAN JOSE

ALMACEN DE MUEBLES

8ª Avenida Oeste N° 7

FRENTE AL PARQUE CENTRAL

Venta al por mayor y al detalle

de toda clase de muebles para sala, comedor, dormitorio y cocina y para

OFICINAS

Constantemente se recibe un selecto surtido de artículos para menaje de casa como cristalería, loza, cortinas, alfombras, carpetas, antimacasares, papel tapiz, cocinas de hierro del mejor sistema.

Pianos, Armoniums, Arañas de cristal para Iglesias y

UNA GRAN VARIEDAD DE OBJETOS DE FANTASIA

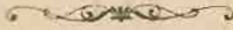
para regalos de todo precio, especialidad de la casa.

Agradeceré la visita del público por este establecimiento.

J. R. MATA.

ABERLE & VARGAS

Almacén de música, instrumentos,
artículos de lujo y de variedades.



Se reciben por cada vapor las últimas novedades
del día.

Métodos para canto y para
todos los instrumentos.

Música clásica.

Música religiosa.

Música de salón y de baile.

—Cantos escolares—

Cuerdas, cañas y toda clase de accesorios.

Objetos de fantasía y para regalos.

Cuadros lujosísimos, juguetes, corbatas y som-
brillas elegantes.

Bicicletas, Bustos y retratos de hombres céle-
bres y toda clase de mercaderías en general.

English spoken

On parle français

Si parla italiano.

El Indice

Oficina de agencias y comisiones en San Salvador

Se encarga de toda clase de negocios así
adentro como afuera de la República. Es la
primera oficina de su género en Centro América.

PAGINAS

POR

Alberto Masferrer

De venta en San Salvador en la Librería de
C. Mixco y en la oficina de *El Indice*, y en San
José en la *Librería Moderna* de Font.

LA ESPIGA DE ORO

PASTELERÍA Y CONFITERÍA

Especialidad en KAKES

Magníficos helados y exquisitas confituras.

Variedad en frutas conservadas

HAY SALON RESERVADO PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS

LA NUEVA LITERATURA

REVISTA BIBLIOGRAFICA

ORGANO DE LA

LIBRERIA MODERNA

Centro de Suscripciones y Taller de Encuadernación

DE

ANTONIO FONT

CALLE CENTRAL, SUR-10-SAN JOSE

SE REPARTE GRATIS A QUIEN LA SOLICITE